

tos mas históricos, rasgos mas característicos, cuadros llenos de movimiento y de belleza, retratos primorosamente ejecutados, moralidades mas naturales y oportunas, estilo mas elegante y florido: tales son, segun creemos, y sostenemos tambien apoyados en el criterio del célebre Audizio, las ventajas de Sénieri panegirista sobre los otros oradores del género. Puede consultarse la penúltima leccion de las que escribió el citado Audizio sobre la elocuencia sagrada, en la cual demuestra que el referido predicador nos ofrece el verdadero tipo de los panegiristas.

CAPÍTULO SÉTIMO.

ORACION FÚNEBRE.

Ya hemos visto en otro lugar que es tan antigua como la civilizacion la costumbre de consagrar elogios póstumos á la memoria de los hombres eminentes cuya celebridad ha concurrido con la gratitud y la admiracion de los pueblos. Pero estos elogios profanos en que principalmente se trataba de recrear al auditorio con los primores de la elocuencia exornativa, presentando en la admiracion y el reconocimiento público un reflejo de la gloria cívica, recibieron mas tarde bajo la accion regeneradora del cristianismo un carácter mas grande, mas imponente, mas digno y mas positivo en el cálculo de los resultados. Heredera de toda la antigüedad para someterla al dominio de su genio sagrado, la Iglesia católica no ha dejado perecer ninguna institucion; pero tampoco subsistir sin cambiar de objeto, de carácter y de rumbo. La elocuencia fúnebre posa tambien sobre la cátedra del Espíritu Santo: el sacerdote sube al púlpito, y á la vista de un féretro, en frente de un altar enlutado, en medio de un auditorio oprimido con la pesadumbre de una muerte ruidosa, toma en sus labios el nombre del personaje cuyas exequias se celebran, echa mano de su historia para tejerle una corona; mas apenas la tiene ya formada, apenas la ha dejado entrever de los espectadores, cuando la deja caer en el sepulcro cubierta con las sombras impenetrables de la eternidad. Entónces la gloria del mundo pierde su esplendor en la tumba; la incertidumbre de los últimos destinos del hombre agita fuertemente al orador y á su auditorio; la esperanza sucede á la admiracion, el desengaño al movimiento de la celebridad, y la oracion humilde á los aplausos de la gloria. De esta suerte la religion domina de

un extremo á otro en el discurso fúnebre, y una institucion que podria parecer extraña, toma un carácter esencialmente religioso y eminentemente moral.

Déjase ya entender que si la Iglesia permite á sus ministros elogiar las vidas ilustres, es con una mira edificante y santa, es para convertir desengañando, y para aliviar las penas del alma que sufre la última purificacion, rodeando el sepulcro de oraciones y ruegos. Nada pues que de suyo se oponga mas ó ménos á esta intencion, puede figurar en la cátedra evangélica; y este es el motivo porqué, sin permiso de la autoridad eclesiástica, no puede hacerse ninguno de estos discursos.

“El orador fúnebre debe proponerse por fin, como discretamente aconseja el sabio Hamon, la gloria de Dios y la utilidad de los oyentes: la gloria de Dios, celebrando la accion de la providencia ó de la gracia sobre el difunto; la utilidad de los oyentes, sacando de la vida y de la muerte de su heroe lecciones de virtud, de zelo por la salvacion, de menosprecio del mundo y cuanto en él pasa; de suerte que la alabanza no aparezca en el discurso sino como un medio de glorificar á Dios y santificar á los fieles.”¹ Hablando en rigor, puede permitirse una oracion fúnebre siempre que estos dos objetos queden atendidos; y como para ello no es necesario ni un gran teatro, ni una celebridad mui notable, moralmente hablando no es reprehensible sino tal vez edificante la multiplicacion de estos elogios. Puede celebrarse mui bien al zeloso párroco en una feligresía, al buen prelado local en un monasterio, al vecino caritativo útil y respetable por su virtud en algun pueblo &c. &c. Pero considerada la oracion fúnebre en sus relaciones literarias, en el movimiento de la elocuencia y en la categoría propia de su género, es necesario convenir en que hai otras reglas de oratoria, y ciertas excepciones acerca del heroe que debe servir de objeto. Dejando pues aqui lo relativo á las primeras, consagraremos nuestras observaciones al carácter eminente de la oracion fúnebre considerada como un género de literatura.

Genio propio de la oracion fúnebre; sus semejanzas comparadas con los sermones morales y los panegiricos; carácter del heroe; talentos oratorios que demanda; oradores celebres; Flechier, Massillon, Bossuet, comparados y sometidos á la crítica; modelos: tal será nuestra marcha en el presente capítulo.

¹ Traité de la predication.

§ I.

GENIO PROPIO DE LA ORACION FÚNEBRE.

Un poeta francés hablando de Napoleon, consignó un pensamiento profundo, y que puede servir hasta cierto punto de tema, tratándose de caracterizar la oracion fúnebre en sus relaciones con el heroe que celebra.

Conjunto incomprendible y asombroso
De oscuridad y luz, de nada y gloria.¹

Tal debe aparecer el hombre bajo el poder de la elocuencia fúnebre. Por mucho que llegue á elevarse un personaje célebre sobre sus contemporáneos, no le es dado nunca encubrir del todo al hombre miserable y débil. Sabios insignes, artistas eminentes, consumados políticos, heroes famosos: todos se muestran al fin hombres miserables, sin que sea necesario, para que dejen traslucir estas manchas, que la corrupcion del sepulcro haya cundido por su cadáver. Hai en el hombre un secreto estímulo de virtud, un resorte maravilloso de accion, que le encumbra hasta la inmortalidad; pero al mismo tiempo existen motivos opuestos que le humillan, degradan y atraen hácia él cuando ménos la compasion. Este doble carácter del hombre, cuando puede ser observado á la luz de la gloria humana, suministra una materia mui vasta á la moral, y es una fuente perenne de inspiracion para el genio de la elocuencia.

Todo pues en una oracion fúnebre debe mostrar una alma profundamente poseida de estos sentimientos, llena de ideas elevadas acerca de la inmortalidad, y de reflexiones sublimes concernientes á los destinos del hombre. Aquí es donde la imaginacion ha menester sobreponerse á sí misma para realizar con sus frescas y delicadas pinturas ese bello ideal de los caractéres, objeto de los mas ardientes conatos y tambien de la desesperacion de los oradores y los poetas. Aquí es donde la inmortalidad y la muerte, la eternidad y el tiempo, la gloria y el sepulcro vienen á figurar en su primer término, digámoslo así, para el triunfo de la religion en los sublimes desengaños del mundo. Aquí es donde aparece por una parte lo que hai de mas solemne en la vida, lo que hai de mas triste en la muerte. Aquí es donde sucediéndose con maravilloso artificio los cuadros mas opuestos,

¹ CASIMIRO DE LAVIGNE, traducido por Heredia.

el auditorio resigua su admiracion y su entusiasmo con la santa desolacion de la incertidumbre y el inefable consuelo de la esperanza en el altar del Dios vivo; y donde no alcanzando los recursos humanos á producir la conformidad, el hombre apela desde luego á la fe para conquistar la resignacion; y finalmente, no hallando en lo que vive y pasa, garantia ninguna contra la muerte, proclama con los latidos de su pecho los dogmas sublimes de la resurreccion universal y de la vida eterna.

Tal es el carácter de la oracion fúnebre. Su fin se identifica con todo lo que figura en las instituciones del cristianismo: presenta es verdad una forma diversa; pero se anima siempre de la religion, se inspira de la fe, se afirma en la pureza, y obra con el doble poder del amor de Dios y de la caridad del prójimo, para producir en su tanto la renovacion del hombre moral, y asegurarle así la bienaventuranza.

§ II.

LA ORACION FÚNEBRE COMPARADA CON LOS PANEGÍRICOS.

Excusado parece manifestar aquí que si las oraciones fúnebres se distinguen muchísimo de los sermones morales, no conservan ménos rasgos característicos respecto de los panegíricos. En estos nos reunimos para escuchar himnos de triunfo y extasiarnos con la ventura inefable de los escogidos; en aquellos vamos á regar con nuestras lágrimas un sepulcro que nos roba nuestras esperanzas y oculta objetos queridos que en otro tiempo absorbieron todos nuestros afectos, porque formaban todas nuestras delicias: en los unos el orador nos traslada como por encanto á la region inaccesible donde residen la paz, el placer, la sabiduria y la plenitud de la existencia; en las otras nos limita al pequeño espacio de tierra que basta para cubrir un cadáver, no puede ilustrarnos en medio de la mas penosa incertidumbre sobre su último destino, nos deja sentir el sobresalto de una felicidad ardientemente apetecida, pero que ni se conoce ni se disfruta, y la proximidad de un término que destruye las ilusiones de la vida: en los panegíricos vemos al heroe inundado en una luz apacible y celestial; en las oraciones fúnebres un manto negro cubre su rostro, y un abismo ha tragado sus grandezas: allí vemos á la religion poniendo al escogido sobre un trono que ya le estaba destinado; aquí la vemos, pero tímida, levantar al cielo una voz encaminada al

asilo de la clemencia: en los primeros nos arrebatan los conciertos de gloria que repite la bóveda del templo; en las segundas solo escuchamos el ruego, la penitencia, el salmo *De profundis* que nos dejó el rei penitente para conmovier y ablandar en favor de los nuestros la justicia inexorable del Ser por esencia.

En ambos la moral debe salir de la narracion, y esta se ha de distinguir de una historia, no solamente por la rapidez progresiva de los conceptos, la superioridad de las pinturas, el primor y gracia de las descripciones, la unidad verdaderamente oratoria; sino por la sobriedad con que deben ser contados los acontecimientos, escogiendo los superiores para ofrecerle cada uno en una pincelada, y dejando explicaciones prolijas y pormenores minuciosos á la nimia esculpulosidad de la historia. Pero la imaginacion tiene mas parte en las oraciones fúnebres, pues en los panegíricos está ceñida precisamente á la distribucion y colorido de los hechos, al paso que allí extiende su dominio por la grandeza y la gloria del mundo, la nada del hombre, la brevedad é incertidumbre de la existencia, los arreos formidables del tiempo y de la muerte.

En ambos el plan fluirá naturalmente de un pasaje bien escogido de la Escritura, como lo hizo Flechier en la célebre oracion fúnebre de Turenna, y Maury en el panegírico de San Agustin; Bossuet en el discurso de Henriqueta, y aquel en el de San Luis que pronunció á vista de la Academia francesa.

§ III.

CARÁCTER DEL HEROE.

Hablando de la oracion fúnebre bajo el segundo aspecto de los que admite, conviene á saber, en todo el esplendor de su genio, es necesario que el heroe sea mui ilustre; porque de otra manera nos veremos en la dura alternativa de adulterar los hechos con exageraciones falsas, ó de prorumpir en declamaciones ridiculas, incapaces por lo mismo de llegar al resultado que debe proponerse el orador; pero en los panegíricos nuestro objeto, como se ha indicado ya, es electrizar la admiracion con fieles y grandiosas pinturas, al paso que en las oraciones fúnebres debe ser este sentimiento producido por la magnificencia del heroe, y el que deja en el espíritu la contemplacion profunda del aniquilamiento que sigue al aparato pomposo de los hombres famo-

sos que mas admira el mundo. Tan indispensable es en los discursos de que ahora tratamos, el esplendor casi universal del personaje á quien va dirigido el discurso, que por su falta dejaria de existir ese contraste maravilloso entre la nada y el poder, entre los tronos y el sepulcro, entre las victorias y la muerte, del cual sacan toda su importancia las oraciones fúnebres. Todos los dias vemos desaparecer casi de nuestro lado muchos hombres comunes: ¡qué sentimientos y experimentamos entónces! una impresion mui pasajera de la muerte; pero mas durable y mas intensa será cuando á ella concurren mayor número de circunstancias. Un jóven robusto, activo, lleno de talentos y de esperanzas, que embriagado con la superabundancia de vida parecia desafiar todos los peligros, arrastra consigo al sepulcro nuestro dolor y nuestro llanto; miéntras un anciano oscuro, inútil y achacoso apenas despierta nuestra atencion. En el reñido encuentro de dos ejércitos perecen gran número de soldados, y sentimos la pérdida sin abandonar la esperanza de repararla; pero muere el caudillo, y muere nuestro corazon; mil reflexiones vienen de tropel á embargar el espíritu: en la primera desgracia solamente veiamos un revés, una pérdida; en la segunda ya vemos la impotencia, la debilidad, la muerte y la nada de nuestros proyectos, de nuestros capitanes belicosos, de nuestra gloria mundana.

§ IV.

TALENTOS ORATORIOS QUE EXIGE LA ORACION FÚNEBRE.

Hemos visto ya qué género de preparaciones existen de parte del auditorio, y las cualidades que debe reunir el objeto para ministrar pábulo á la elocuencia: aquí es donde comienza el genio del orador y su talento. Grande ha de ser uno y otro, como ya se ha dicho, para levantar el discurso hasta la altura del objeto; porque no basta que este sea sublime, ni que el auditorio esté ya conmovido, para exonerar al orador de impender todavia mayor trabajo en la ejecucion de su discurso.

Para todo se requiere genio, y la mejor prueba de esto es, que Massillon y Bourdaloue con todo el poder de su elocuencia no pudieron sostener en los panegíricos el rango en que los colocó la crítica como oradores morales; ni Flechier con toda la correccion y gracia de su estilo puede competir con aquellos en clase de orador moral. Mas la elocuencia

fúnebre requiere un genio aparte. Es necesario reunir á la profundidad melancólica de un hombre que medita sin cesar á la vista de las grandes vicisitudes del corazón y las revueltas continuas de la sociedad, cierta grandeza en el pensar, cierta delicadeza en el sentir. Es necesaria una imaginación rica, pero al mismo tiempo sobria, que muestre aquellas galas que sientan bien á la magestad sublime de la muerte, y desprecie el colorido que pudiera deslustrar, digámoslo así, la magestad sublime del sepulcro. Es necesaria una capacidad inmensa, para plegar al asunto individual de un solo discurso los mas grandes intereses del género humano: es necesario poseer un corazón bastante dilatado, para que sus ecos atruenen al mundo. Tal se muestra Bossuet cuando, ante el monumento fúnebre de la reina de Inglaterra, se propone llorar en una muerte todas las muertes, reconcentrar en un solo dolor todas las pesadumbres que alijen á la humanidad. La oración fúnebre pide naturalmente grande elevación en los pensamientos y mucho poder en el idioma; en consecuencia no tememos afirmar que siendo, no por el objeto sino por el carácter y el estilo, el mas difícil de todos los géneros, demanda los mas privilegiados de todos los talentos.

§ V.

MODELOS.

Pero el mejor modo, por no decir el único, de conocer la importancia de este género de oratoria y la altura de talentos que demanda, es por ventura mostrar las reglas en práctica, la crítica en acción, estudiando el arte en sus modelos.

Desde luego llama notablemente nuestra atención la suma escasez de ellos que ofrece la literatura, en medio de la abundancia con que los prodiga para los otros géneros de oratoria.

El púlpito español y el italiano nada tienen que pueda colocarse en el rango de los modelos: planes mas ó menos exactos, bellos pormenores, algunas reflexiones, tales y cuales afectos bien sentidos: he aquí todo. Es necesario no salir de Francia; y lo que mas triste parece, reducirse á Bossuet. Sin embargo, para fijar una gradación y proporcionarnos el medio de manifestar á la juventud, no solamente los primores, sino también los defectos, y hacerla sentir

todo el mérito del orador fúnebre del mundo; harémos en este capítulo algunas observaciones críticas sobre Flechier y Massillon antes de pasar al panegirista de Henriqueta: porque despues de ver agotados los recursos del primer orador moral de la Francia, y apurados en vano los talentos del escritor en un literato tan eminente como el Obispo de Nismes, para dejar una oración fúnebre perfecta, nos parece que estos dos oradores insignes figuran en el panteon de la oratoria fúnebre, como un glorioso y magnífico pedestal sobre que se encumbra hasta los cielos el incomparable genio de Bossuet.

§ VI.

FLECHIER.

Para comprobar la exactitud del concepto que precede, comencemos estudiando á Flechier en la obra maestra de sus oraciones fúnebres, en la que pronunció con ocasión de la muerte del célebre Turenna.

¿Qué faltaba á Flechier para haber enriquecido con una obra perfecta la literatura de su patria! El objeto era grande, el mas intrépido guerrero, el general mas glorioso, el militar mas consumado, el mas hábil político y el ciudadano mas virtuoso de cuantos honraban entonces la profesion de las armas: el aparato fúnebre aumentaba necesariamente estas ideas: el dolor de su pérdida fué universal; todos le lloraban, porque todos le habian amado con ternura y con entusiasmo. Pero no necesitamos de encarecer ni la riqueza de la materia, ni la preparacion admirable de sus oyentes, cuando el mismo orador nos previene, á una obra grande con este exordio magnífico, digno de arrebatar la admiración de los mas esclarecidos literatos.

“Yo no puedo, señores, daros una idea mas alta del triste asunto en que vengo á ocuparos, sino recogiendo estos términos nobles y expresivos de que se sirve la Escritura santa para elogiar la vida y deplorar la muerte del sabio y valeroso Machabeo: ¹ de este hombre que llevó la gloria de su nacion hasta las extremidades de la tierra; que cubria su

¹ He aquí el texto: *Fleerunt cum omnis populus Israel planctu magno; et lugerant dies multos et dixerunt: “Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israel?”* Todo el pueblo le lloró amargamente, y despues de haber llorado muchos dias, exclamaron: “¿cómo ha muerto este hombre poderoso que salvó al pueblo de Israel?” I. MACHAB., CAP. IX.

“campo con su escudo, y forzaba el de los enemigos con su espada; que daba á los Reyes ligados en su contra mortales disgustos, y regocijaba á Jacob por sus virtudes y por sus hazañas, cuya memoria debe ser eterna.”

“Este hombre que defendía las ciudades de Judá, que domaba el orgullo de los hijos de Ammon y de Esaú, que volvía cargado con los despojos de Samaria despues de haber quemado en sus propios altares á los Dioses de las naciones extranjeras; este hombre á quien Dios habia colocado al rededor de Israel, como un muro de bronce en que se estrellaron tantas veces todas las fuerzas de la Asia, y que despues de haber deshecho numerosos ejércitos, desconcertado los mas fieros y los mas hábiles caudillos de los Reyes de Siria, venia todos los años, como el menor de los israelitas, á reparar con sus manos triunfantes las ruinas del santuario, y que no queria mas recompensa de los servicios que á su patria ofrecia, que el honor de haberla servido. Este hombre valiente, rechazando por fin con invencible esfuerzo á los enemigos que habia reducido á una fuga vergonzosa, recibió el golpe mortal y quedó como sepultado en su triunfo. Al rumor primero de este funesto accidente todas las ciudades de Judea se sintieron conmovidas; arroyos de lágrimas corrieron de los ojos de todos sus habitantes: por algún tiempo permanecieron sobre cogidos, mudos, inmóviles: un esfuerzo de dolor rompe al fin este largo y melancólico silencio, y con una voz interrumpida de sollozos que en sus corazones formaban justamente la tristeza, la piedad y el temor: ¡Cómo ha muerto, exclamaron, este hombre poderoso que salvaba al pueblo de Israel!” A estos gritos Jerusalem redobra sus llantos, las bóvedas del templo se conmueven, el Jordan se turba, y todas sus riberas retiemblan con el sonido de estas lúgubres palabras: “¡Cómo ha muerto este hombre poderoso que salvaba al pueblo de Israel!”

“Cristianos, á quienes una triste ceremonia junta en este lugar, ¡no llamáis á vuestra memoria lo que vosotros habéis visto, lo que vosotros habéis sentido hace cinco meses? ¡No os reconocéis en la afliccion que acabo de describir, y no colocáis en vuestro espíritu, en lugar del héroe de quien habla la Escritura, á aquel de quien ahora voi á hablaros? La virtud y la desgracia del uno y del otro son semejantes, y no falta hoy á este último sino un elogio digno de él. ¡Oh si el Espíritu divino, el Espíritu de fuerza y de verdad hubiese enriquecido mi discurso con esas imágenes vivas y naturales que representan la virtud, y la persuaden

“al mismo tiempo, de cuántas ideas nobles llenaria vuestros espíritus, y qué impresion haria en vuestros pechos la narracion de tantas acciones edificantes y gloriosas!”

“¿Qué materia fué nunca mas á propósito para recibir todos los ornatos de una grave y sólida elocuencia, que la vida y la muerte del mui alto y poderoso príncipe Henrique de la Tour d’ Auvergne, Vizconde de Turenna, Mariscal general de los campos y ejércitos del rei, y coronel general de la caballeria ligera? ¡En dónde brillan con mas esplendor los efectos gloriosos de la virtud militar, conductas de armadas, sitios de plazas, tomas de ciudades, tránsitos de rios, ataques atrevidos, retiradas honrosas, campamentos bien ordenados, combates sostenidos, batallas ganadas, enemigos vencidos por la fuerza, disipados por la destreza, fatigados y consumidos por una prudente y noble paciencia? ¡En dónde pueden encontrarse tantos y tan poderosos ejemplos, sino en las acciones de un hombre sabio, modesto, liberal, desinteresado, consagrado al servicio del príncipe y de la patria, grande en la adversidad por su valiente resignacion, en la prosperidad por su modestia, en las dificultades por su prudencia, en los peligros por su valor, y en la religion por su piedad? ¡Qué asunto pudo inspirar nunca sentimientos mas justos y mas tiernos que una muerte repentina y sorprendente que ha suspendido el curso de nuestras victorias, y roto las esperanzas mas dulces de la paz? ¡Potencias enemigas de la Francia, vosotras vivís, y el espíritu de caridad cristiana me prohíbe pronunciar un voto por vuestra muerte! mas, ¡ojalá reconociéseis al ménos la justicia de nuestras armas, recibiéseis la paz que habéis rehusado tantas veces á pesar de vuestras pérdidas; y en la abundancia de vuestras lágrimas extinguieseis los fuegos de una guerra que desgraciadamente habéis encendido vosotros mismas! ¡No permita Dios que yo lleve mas adelante mis deseos! Los juicios de Dios son incomprensibles. Pero vosotras vivís, y yo en esta cátedra deploro la pérdida de un sabio y virtuoso capitán, cuyas intenciones eran puras, y cuya virtud parecia merecer una vida mas dilatada.”

“Contengámos, señores, nuestro llanto: ya es tiempo de comenzar su elogio, y de manifestaros cómo este hombre triunfó de los enemigos del Estado por su valor, de las pasiones del alma por su sabiduría, de los errores y vanidades del siglo por su piedad. Si llevo á interrumpir este orden en mi discurso, perdonad alguna confusion en un asunto que nos ha causado tan grande turbacion. Confun-

"diré algunas veces al general, al sabio y al cristiano: tan pronto alabaré sus victorias como las virtudes que las han obtenido; y si no pudiere referir tantas acciones, las descubriré en sus principios, adoraré al Dios de los ejércitos, invocaré al Dios de la paz, bendeciré al Dios de las misericordias, y hacia todas partes llamaré vuestra atención, no por la fuerza de la elocuencia, sino por la verdad y por la grandeza de las virtudes que estoy encargado de referir en vuestra presencia."

"El primor y el interes de este magnífico exordio, dice L' Harpe, consiste en presentar desde luego bajo el nombre de un heroe de la Santa Escritura, el cuadro alegórico y fiel del heroe del discurso; en hacerle reconocer ántes de haberle nombrado en cada uno de los rasgos de esta pintura, en hacer escuchar en la repetición de un texto bien escogido el grito que habia arrojado toda la Francia en la muerte de Turenna. Desde aquí empezamos á notar con gusto la eleccion de los términos y la estructura numerosa de las frases: nada se hecha ménos aquí; pero á fin de conocer mejor lo que seria este exordio para los que le oyeron, es preciso recordar las memorias y las alusiones que á cada paso herian el espíritu del auditorio. *Este hombre que daba á los Reyes ligados en su contra mortales disgustos, aludía á aquellas palabras del Rei de España: Mr. Turenna me ha hecho pasar muy malas noches. Este hombre á quien Dios habia colocado al rededor de Israel como un muro de bronce; no se dijo porque muy recientemente, en una campaña para siempre memorable, habia disipado con veinte mil hombres sesenta mil imperiales que inundaban las fronteras de Alzace, y amenazaban invadir nuestras provincias? Este hombre que con las manos triunfales venia todos los años á reparar las ruinas del santuario,* caracterizaba en Mr. Turenna la union de la piedad con los talentos militares, y el zelo que habia mostrado por la conversion de los herejes. No son ménos exactos los otros rasgos de conformidad, y por lo mismo no hai que admirar que Flechier con tanta habilidad se haya apoderado de la imaginacion de su auditorio, ántes de nombrar á Turenna. Este exordio es un modelo perfectísimo de esos grandes golpes del arte."¹

"Este exordio, dice Mr. Thomas, será eternamente citado por su armonía, por su carácter magestuoso y sombrío, por la especie de dolor augusto que en él reina: es en la

¹ L' HARPE. Cours de Littérature. (Extracto.)

historia de la elocuencia, como afirma Dussault, uno de los mas bellos monumentos."

Véamos ahora si el resto del discurso ha correspondido á la grandeza del asunto, que era el elogio del hombre único, "cuya muerte despues de Enrique IV haya sido mirada como una calamidad pública, el único despues de Duguesclin, cuyas cenizas se han juzgado dignas de ser mezcladas con las cenizas de los reyes, y cuyo mausoleo atrae nuestras miradas mas que el de muchos soberanos que le rodean," como elevurre Mr. Thomas. Véamos si el autor ha sabido elevarse á tan prodigiosa altura.

Sin embargo de las muchas bellezas que se admiran en los pormenores de este discurso florido y elegante, nos esforzamos inútilmente por hallar en él al gran hombre que se busca. No da á conocer el orador suficientemente las virtudes privadas y el carácter antiguo del heroe: siempre vemos al panegirista, cuando quisiéramos estar ocupados exclusivamente de Turenna. "Nuestra admiracion hacia este hombre extraordinario, dice Maury, deja al orador mas acá del entusiasmo que le arrebató, y vuela mas léjos que él siempre que no muestra con bastante plenitud al través de periodos tan pomposos el imperio admirable que Turenna ejerció de continuo sobre sí mismo, y por esta causa sobre los otros hombres; aquella simplicidad habitual que unia con el amor de la gloria, aquella igualdad inalterable de alma y aquella uniformidad constante de virtud que le distinguian en la guerra, en la corte, cerca de las potencias extrangeras y en el interior de su casa; aquellos innumerables portentos de justicia y humanidad hacia nuestras provincias, aquellos rasgos sublimes de beneficencia y generosidad en favor de sus oficiales y soldados; aquel culto de consagracion, de amor y de entusiasmo que inspiraba á todo el ejército, aquel honroso tributo de desesperacion de nuestras provincias fronterizas en el instante de su muerte en que se vieron acudir de tropel á los tribunales, todos los arrendatarios de nuestros mas ricos dominios á cancelar sus escrituras, temiendo sin duda que despues de la pérdida de tan gran general, la Francia amenazada de una invasion inevitable no podria ya cultivar sus campiñas con la esperanza de recoger sus frutos. En fin, buscamos en esta elocuencia de Flechier, que deberia embellecerlo todo, nuevos motivos para admirar, respetar y querer á su heroe; pero confundidos profundamente de no vernos ni mas instruidos, ni mas movidos, ni mas enternecidos con semejantes discursos, atormentados por no encontrar en él ni aun el interes y encanto de una simple narracion

histórica; después de haber examinado bien este elogio escrito con tanto arte, experimentamos la necesidad de satisfacer nuestra ternura y admiración hacia Turenna, releyendo inmediatamente, como se leería una de las atractivas é interesantes vidas de Plutarco, el quinto y último libro de su historia escrita sin colorido ni calor por el Abate Ragueneau. Confesamos con mucho sentimiento que á pesar del débil pincel de este biógrafo, la sola narración de los hechos nos interesa mueve y trasporta cien veces mas bajo su pluma que la oración fúnebre de Flechier; y nada vemos mas humillante para el orador que producir ménos efecto que un historiador. Si tal es pues el resultado de esta comparación entre una vida histórica y una oración fúnebre, el elogio de este gran capitán queda todavía por hacer, lo mismo que su historia, sin que semejante rivalidad pueda desalentar á un verdadero talento." ¹

§ VII.

MASSILLON.

La mas eminente de sus oraciones fúnebres y la que por su objeto parecia brindar con todos los recursos á su genio, es la que pronunció en elogio de Luis el grande. ¿Qué no debia prometerse la expectación pública de un orador que trabajaba en un asunto como éste, el mas rico y fecundo que pudiera presentarse jamas á la mas apasionada elocuencia? Sin embargo, Luis XIV, este gran rei que dió su nombre á su siglo, murió sin haber tenido un elogio fúnebre proporcionado á su genio y á su gloria. Luis XIV era la medida única del genio de Bossuet: solo elogiando en el sepulcro á este monarca tan grande como su alma sublime, habria llegado la elocuencia del hombre hasta el punto inconcebible de una superioridad casi divina. Parece que en la serie de los siglos habian nacido estos dos hombres; el primero para circunscribir los límites de la gloria humana, y el segundo para pintar y compadecer esta gloria: porque solo él pudo en su vasta comprensión abarcar tan prodigioso y variado conjunto, y solo él era capaz de despreciarle con la voz de la religion y apoyado en el trono poderoso del Eterno.

Pudo Massillon, como lo hizo siguiendo los impulsos de

¹ Essai sur l'éloquence de la chaire, XXX. (Extracto.)

su zelo verdaderamente cristiano, sacar de semejante contraste entre la grandeza y la nada útiles lecciones para edificar á los fieles; pero su inclinación, exclusiva á la moral parece haber apartado de su espíritu aquellos recursos inagotables que busca la imaginación de los grandes maestros cuando pretenden elevarse á lo sublime. No es difícil persuadirse que sacaria mucho fruto el orador con las obvias y cristianas reflexiones que le ministraba su asunto; pero si el auditorio se componia de todos los potentados que conocian al heroe, de todos los hombres de conocimientos vastos y buen gusto que se habian hecho cargo de todo lo que debia esperar la elocuencia de una materia tan admirablemente fecunda y sublime, ¿habria podido conseguir los resultados mas felices? La grandeza del hombre que celebraba, le daba sobrados derechos para levantar su voz aun en una asamblea de monarcas; y si Bossuet habia sabido sacar títulos para enseñar á los reyes de un salmo de David; Salomon, el mas grande y glorioso de los antiguos monarcas, deplorando por sí mismo la vanidad de los tronos, autorizaba suficientemente al Obispo de Clermont para lanzar el rayo de la divina palabra, delante del auditorio mas augusto, contra el brillante polvo que tanto enorgullece á los potentados de la tierra.

Sin embargo, aun se recuerda con placer aquel lenguaje mudo con que dijo infinitamente mas el orador acerca de estos grandes objetos, que cuanto habria podido ponderar la mejor sentida elocuencia. Hablamos de los movimientos exteriores con que Massillon pintó el estado de su espíritu en un intervalo de silencio que hizo mediar entre el texto y la primera palabra del exordio, y que tan felizmente describen Chateaubriand en el *Genio del cristianismo* y Maury en su *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito*. Queremos tomar literalmente el pasaje de este último, para que vean los jóvenes que se consagran á esta carrera, el inmenso partido y los nuevos encantos que sacan los discursos tal vez medianos, de una acción bien manejada y verdaderamente sentimental.

Massillon toma por texto de su mediana oración fúnebre de Luis XIV estas palabras de Salomon: "Yo he llegado á ser grande y aventajado en la sabiduría á todos los que florecieron antes de mí en Jerusalem; pero he reconocido que en todo esto no hai mas que vanidad y aflicción de espíritu." Después de haber pronunciado lentamente un pasaje tan digno de notarse por el contraste que forma el principio con el fin, y tan felizmente acomodado al grande efec-

to que deseaba producir desde el ingreso al discurso, se mostró mui conmovido por las reflexiones que á su espíritu ministraban todas estas ideas de grandeza y de miseria. Quizo entrar en meditacion, para recogerse en estos tristes pensamientos. La emocion visible que experimentaba llegó á ser una preparacion feliz, para trasmitir á sus oyentes el sentimiento profundo del dolor en que estaba absorto.

Antes de proferir una sola palabra de su exordio, Massillon con el estupor del abatimiento, la cabeza baja, las manos apoyadas en el púlpito, quedó inmóvil y taciturno por algunos instantes en esta melancólica actitud. Sus ojos apenas entreabiertos se fijaron luego en el luto general de la concurrencia que le rodeaba; pero mui pronto quita de aquí su vista, para buscar con ansiedad en aquel sepulcral recinto algunos objetos ménos tristes y ménos lúgubres; mas no percibe por todas partes, aun en los muros del templo, sino los trofeos y los emblemas de la muerte. Sus miradas así entristecidas van á refugiarse al altar, aun mas recargado de símbolos y decoraciones fúnebres. Parece agoviado por esta perspectiva, cuando volviéndose con espanto para distraerse de las dobles agonias con que le atormentaban juntamente semejante aparato y sus negros pensamientos, descubrió la representacion funeral erigida en medio del templo como el santuario de la muerte. Consternado por no ver al rededor de sí mas que cetros ó diademas cubiertas de crespones, y una imágen universal de la nada en la destruccion de todas las grandezas, Massillon quizo dar cuenta del resultado de su silencio al concurso, hacerle participar la misma impresion que él habia sentido; y mostrarse ya desde su punto de partida mui léjos de las ideas vulgares, sumergiéndose en su asunto y exclamando en medio de todos los restos que habian sucedido á tanta gloria: “*Solo Dios es grande, hermanos míos!*” Tal fué su principio, que produjo una emocion tan extraordinaria, que la elocuencia en este género no ministra ningun ejemplo de semejante energía.

Puede ser que el entusiasmo que produjo en el auditorio una preparacion tan feliz, haya sido causa de que no se recibiese con frialdad el resto del exordio; pero él es mui frio y sobradamente comun, para que pueda leerse con agrado. No se echa ménos en él aquella conexas gradacion de pensamientos que llevan naturalmente al espíritu á una proposicion enunciada con claridad y fijada con exactitud; mas tampoco hallamos en este exordio aquella grata novedad que prepara el asunto, aquel gusto exquisito con que se intro-

duce quien desea prevenir favorablemente á su auditorio, la altura y magestad que tanto distingue las oraciones fúnebres entre los otros discursos. “Este rei, dice, terror de sus vecinos, asombro del universo, padre de reyes, mayor que todos sus antepasados, mas magnífico que Salomon en toda su gloria, conoció como él, que todo era vanidad: el mundo ha estado admirado del resplandor que le rodeaba, sus enemigos han envidiado su poder, los extrangeros vinieron desde los países mas remotos á bajar los ojos delante de la gloria de su Magestad, sus mismos vasallos casi le levantaron altares; pero este fantasma que al rededor se formaba, no pudo engañarle.”

“Vos, ó Dios mio! habiais infundido en él el terror de vuestro nombre. Estaba escrito en el libro eterno la sucesion de los santos reyes que habian de gobernar vuestros pueblos: le habiais revestido de grandeza y magnificencia; pero todavía era poco esto, porque habia de estar señalado con el carácter de vuestros escogidos. Vos, Señor, recompensáis su fe con tribulaciones y desgracias: el buen uso de las prosperidades puede darnos derecho al reino de los cielos; pero solamente la afliccion y la violencia son las que nos le aseguran.”

¿Qué cosa hai en todo esto que salga del estilo comun? Causa lástima ver tan desvirtuado ya el genio de Massillon, cuando su elocuencia debia ser mas sublime que nunca. ¿Será por ventura que su corazon, zeloso de la verdad, no sentia las afecciones que intentan excitarse á favor de unas virtudes que no están sinceramente reconocidas.....?

§ VIII.

BOSSUET.

Sea de esto lo que fuere. Véamos en Bossuet casi las mismas ideas en el exordio de la reina de Inglaterra, para formarnos una idea mas exacta del oscuro lugar que ocupa el de Luis XIV.

“Aquel que reina en los cielos, de quien dependen todos los imperios, el único á quien pertenece la gloria, la magestad, la independenciam, es tambien el único que se glorifica en imponer la lei á los reyes y darles cuando le place, grandes y terribles lecciones. Sea que eleve los tronos, sea que los abata; ora comunice su poder á los príncipes, ora se los retire y no les deje sino su propia debilidad,

“siempre les enseña sus deberes de un modo soberano y digno de sí mismo; porque revistiéndolos con su poder, les ordena que, como El mismo lo hace, usen de él en beneficio del mundo; al paso que les manifiesta, quitándoseles, cómo toda su magestad es precaria, y cómo, no por estar sentados en el trono, dejan de estar bajo su mano y dependientes de su autoridad suprema. De este modo instruye á los reyes no solamente con discursos y con palabras, sino por los efectos y por ejemplos. *Et nunc reges, intelligite; erudimini qui judicatis terram.*”

“Cristianos, á quienes la memoria de una gran reina, hija, esposa, madre de reyes tan poderosos y soberana de tres imperios, llama de todas partes á esta triste ceremonia, este discurso hará parecer delante de vosotros uno de esos ejemplos terribles que presentan á los ojos del mundo su vanidad entera. Veréis en una sola vida todos los extremos de las cosas humanas, la felicidad sin límites lo mismo que las miserias: un goce largo y pacífico de una de las más nobles coronas del mundo; cuanto pueden tener de más glorioso el nacimiento y la grandeza, acumulados en una sola persona, que después se mira expuesta á todos los ultrajes de la fortuna: la buena causa seguida en los principios de muy buenos sucesos, y después de repentinamente mudanzas y cambios inauditos; la rebelión dilatado tiempo contenida y al fin entronizada: ningún freno á la licencia; las leyes abolidas, la magestad violada por atentados desconocidos hasta entonces: la usurpación y la tiranía bajo el nombre de libertad: una reina fugitiva que no halla un asilo en tres Estados, y para quien la patria no es ya sino un triste lugar de destierro: nueve viajes por el mar emprendidos por una princesa sin embargo de las tempestades: el Oceano lleno de asombro al verse atravesado tantas veces, con tan diversos aparatos y por causas tan diferentes; un trono indignamente trastornado y milagrosamente restablecido. He aquí las lecciones que da Dios á los reyes: así es como hace ver al mundo la nada de sus pompas y de sus grandezas. Si las palabras nos faltan, si las expresiones no corresponden á un asunto tan vasto y tan elevado; las cosas hablan bastante por sí mismas. El corazón de una gran reina ántes elevado por una gran serie de prosperidades y después sumergido en un abismo de amarguras, hablará muy alto; y si á los particulares no es permitido el dar lecciones á los príncipes sobre acontecimientos tan extraños, un rey me presta sus palabras para decirles: “Escuchad, ó grandes de la tierra, instruíos árbitros del

“mundo: *Et nunc reges, intelligite; erudimini qui judicatis terram.*”

“Después de leído este exordio, puede verse de nuevo el de Luis el grande. En ambos se desenvuelven casi los mismos pensamientos; pero ¡con cuánta debilidad en Massillon, con qué admirable fuerza y energía en Bossuet! ¡de qué modo tan común en el uno, tan interesante y nuevo en el otro! ¡cuán humilde aparece la moral en el primero, cuán dominante y magnífica en el segundo! Bossuet habla, y el sepulcro respira magestad y grandeza: cuanto más desgraciado haya sido el triste objeto del llanto, tanta más pompa mostrará, tanto más elocuentes serán sus lecciones: ella sola podrá medir la elevación y la caída, y manifestar aquellas cumbres y abismos de donde se precipitan y en donde desaparecen los reyes.”¹

“No basta escoger un asunto grandioso: para ser elocuente es preciso apoderarse con fuerza de la materia, conocer sus recursos, medir su extensión, encadenar todas sus partes, obligar á que se sucedan con impetuosidad las ideas á las ideas, los sentimientos á los sentimientos, dejarse llevar por una fuerza irresistible y comunicar este movimiento rápido á los otros, pintar con imágenes vivas, engrandecer el espíritu, elevarle á la admiración, sorprenderle, derramar en el discurso un sentimiento que se mezcla en cada idea y le comunica la vida; crear expresiones profundas y vastas que enriquecen las lenguas; encantar el oído por una armonía magestuosa; no tener jamás un tono ni una manera fija, sino tomar siempre el tono y la lei del momento; marchar á veces con una grandeza respetuosa y calmada, y luego derrepente arrojarse, remontarse, descender para levantarse de nuevo, imitando á la naturaleza que es irregular y grande, y que embellece algunas veces el orden del universo por su mismo desorden.”² ¿Quién pudiera, después de todo esto, disputar la palma de la oratoria fúnebre al inimitable panegirista de Condé?

“Vedle, dice Thomas, en la oración fúnebre de la reina de Inglaterra con qué digna y noble altivez anuncia que va á instruir á los reyes, cómo se arroja en seguida al través de las divisiones y borrascas, cómo pinta la inundación de las sectas, el fanatismo de los independientes, en medio de ellos á Cromwel, activo é impenetrable, hipócrita y atrevido, dogmatizador y combatiente, mostrando el estandarte de

¹ CHATEAUBRIAND. Gen. del crist., tom. 4.º, cap. X.

² Extractado de Mr. Tomas.

la libertad y precipitando á los pueblos en la esclavitud; la reina luchando contra la desgracia y la revuelta, buscando por todas partes vengadores, atravesando nueve veces los mares, batida por las tempestades, viendo á su esposo en las cadenas, sus amigos en el cadalso, sus tropas derrotadas y vencidas, ella misma obligada á ceder; pero en la caída del Estado quedando firme entre sus ruinas, semejante á una columna que despues de haber sostenido largo tiempo un edificio ruinoso, recibe sin encorvarse este grande edificio que cae ruinosamente sobre ella sin abatirla."

"Sin embargo, el orador al través de este grande espectáculo que desenvuelve sobre la tierra, nos muestra sin cesar á Dios presente en lo alto de los cielos, sacudiendo y despedazando los tronos, precipitando las revoluciones, y encadenando ó domando con su invencible fuerza cuanto es capaz de resistirle. Esta idea, derramada de un cabo á otro del discurso, arroja en todo el cierto religioso terror que aumenta de continuo su efecto, y hace lo patético mas sublime y sombrío."

"El elogio fúnebre de Henriqueta de Inglaterra no presenta ni tan grande interes ni un cuadro tan vasto: es un patético mas dulce, pero no por esto ménos dominante. Tal vez la suerte de una princesa jóven que disfrutaba todas las prerogativas de la grandeza y de la hermosura, muerta en algunas horas á los veintiseis años de su edad, por un accidente espantoso y con todas la señales de un envenenamiento, debia producir en las almas una impresion mas viva que la caída de un trono y la revolucion de un Estado. Las desgracias imprevistas nos hieren con mayor viveza que las que se desenvuelven por grados, pues parece que el dolor se gasta en los pormenores. Por otra parte los hombres ordinarios no tienen trono que perder; mas el interes de ellos aumenta la compasion cuando un ejemplo terrible les advierte de que su vida es nada. Se diria que adquieren esta verdad por la vez primera, pues cuanto se siente fuertemente es una especie de descubrimiento para el alma."

"Imposible seria dudar, que al componer este elogio fúnebre, Bossuet haya estado profundamente conmovido: ¡con tanta elocuencia habla en él de la miseria y debilidad del hombre! Al través de estas ideas generales vuelve de continuo á la princesa, y todas estas vueltas reiteradas son los gritos del dolor. Ha trascurrido mas de un siglo sin que haya podido olvidarse la impresion que produjo el orador en sus oyentes, cuando despues de un trozo mas calmado, repentinamente exclamó: "*¡o noche desastrosa! ¡o noche*

horrible, en que con la fuerza del trueno resonó esta espantosa nueva: ¡Madama se muere! ¡Madama ha muerto!" Y algunos instantes despues, habiendo hablado de la grandeza de alma que á esta princesa distinguia, derepente se contuvo, y mostrando la tumba en que se hallaba: "*¡Hela aqui, dijo, sin embargo de su grande alma, á esta princesa tan admirada y tan querida! ¡Hela aqui tal como nos la ha puesto la muerte! Aun este resto, cual está ahí, va á desaparecer: vamos á verla despojada aún de esta triste decoracion: va muy pronto á bajar á esos lugares sombríos, á esas moradas subterráneas para dormir allí en el polvo con los grandes de la tierra, con esos reyes y esos principes anonadados entre los cuales apenas puede colocársela: ¡tan pronta está la muerte á llenar esas plazas!"* Repentinamente recela no haber dicho lo bastante, y nota que la muerte no nos deja ni aun con que llenar este lugar, y que el espacio no está cubierto sino solo con sepulcros: sigue los restos del hombre hasta la tumba, para manifestar allí una nueva destruccion sobre la destruccion del hombre, pues este en semejante estado viene á ser un *no sé qué*, el cual no tiene nombre en ninguna lengua. *La muerte no nos deja bastante cuerpo para ocupar algun lugar; y no se encuentra allí cosa visible, si no son los sepulcros, objeto unico que forma alguna figura.* Nuestra carne muda bien pronto su naturaleza, nuestro cuerpo toma otro nombre; aun él de *cadáver*, dice Tertuliano, por mostrarnos todavía cierta forma humana, no le dura mucho tiempo: un *no sé qué* viene á ser, que no tiene nombre en ninguna lengua: ¡tan cierto así es que todo muere en el hombre, hasta estos términos fúnebres con que intentamos designar sus miserables restos! Es difícil, concluye Mr. Thomas, encontrar una elocuencia mas fuerte y mas abandonada, que con *no sé qué* familiaridad noble mezcla tanta grandeza."¹

¡Quién es capaz de medir con su espíritu la elevacion de este genio celestial que casi se excede y se trasporta para enseñorearse de la materia mas vasta y mas sublime! ¡que traspasa los límites de lo creado, para remontarse hasta el Eterno; que se empeña hasta destruir con un poder soberano lo que no parecia sujeto á la destruccion, y que mide la nada con el poder de su imaginacion! Bossuet podrá tener y tiene de facto varias imperfecciones; pero son las manchas del inmenso luminar del mundo, que desaparecen á la primera avenida de sus esplendentes rayos; son los defectos de Homero y Virgilio, que indemnizan una sensacion poco grata

¹ THOMAS. Ensayo sobre los elogios, cap. 31. Mascaron y Bossuet.

con placeres tan repetidos y de un orden tan superior, que para no creerlos unos seres divinos é inspirados por la infinita Sabiduría y la eterna perfeccion, necesitamos algunas señales de que son hombres, y ver en estas ligeras manchas un estímulo poderoso para nuestra admiracion, que se exalta hasta el entusiasmo, por ver el entendimiento humano levantarse tan prodigiosamente y excederse á sí mismo. Jamas ningun orador sagrado habló de Dios con tanta elevacion y dignidad: "Bossuet, dice el autor citado, parece descubrir á los hombres el interior de la Divinidad y el secreto profundo de sus planes: la Divinidad está en sus discursos como en el universo moviéndolo y agitándolo todo, mientras que el orador, colocado entre Dios y el hombre, se dirige á los dos alternativamente, ofrece á cada paso el contraste de la fragilidad humana y la inmutabilidad de Dios, que ve correr como un dia las generaciones y los siglos, frecuentemente nos despierta por la aproximacion de la gloria y el infortunio; del exceso de las grandezas con el exceso de la miseria arrastra al orgullo humano hácia los bordes del sepulcro; pero despues de haberle humillado con este espectáculo, le exalta repentinamente á nuestra vista por el contraste maravilloso del hombre mortal con el hombre en los brazos del Eterno."

"¿Quién ha hablado mejor que él de la vida y de la muerte, de la eternidad y del tiempo? Tiene su genio alguna cosa de indefinido ó de vasto en que la imaginacion se pierde: en el espíritu despierta una multitud innumerable de ideas; lleva el alma á un recogimiento austero que la obliga á despreciar el objeto de sus pasiones, y parece desprenderla del universo. Bossuet tan pronto se detiene en estas ideas, tan pronto, al través de una multitud de sentimientos que le dominan, no hace mas que pronunciar de tiempo en tiempo ciertas palabras, y estas palabras entónces hacen estremecer, como los gritos interrumpidos que el viajero algunas veces oye durante la noche en el silencio de las florestas, y que le advierten de un peligro que no conoce."

"Bossuet no tiene jamas una ruta cierta, ó mejor dicho, posee admirablemente el secreto de ocultarla: va, viene, vuelve sobre sí mismo, tiene el desórden de una imaginacion fuerte y de un sentimiento profundo. Algunas veces deja escapar una idea sublime, y que aparece con mayor brillantez cuando se la deja separada; otras reúne muchas grandes ideas que arroja con la profusion de la magnificencia y el abandono de la riqueza. Pero lo que mas le distingue es el ardor de sus movimientos, es su alma que en

todo se mezcla: parece que desde la cumbre de un elevado monte, descubre los grandes acontecimientos que pasan á su vista, para luego referirlos á los hombres que están en el valle: se lanza, clama, se interrumpe, es una escena dramática que pasa entre él y los que están mirando, y de cuyos peligros ó desgracias participa: algunas veces el diálogo apasionado del orador se extiende hasta los seres inanimados á quienes interroga fuertemente como cómplices y testigos de los grandes acontecimientos que le conmueven."

"Su elocucion es rápida y fuerte: crea sus expresiones lo mismo que sus ideas; fuerza imperiosamente la lengua á que le siga; y en vez de plegarse á ella, la domina y la arrastra; constituyese ésta esclava de su genio; pero es á fin de conseguir nueva grandeza. Bossuet es el poseedor único del secreto de su idioma, porque este conserva siempre un no sé qué de antiguo y de fiero, de una naturaleza inculta pero atrevida. Algunas veces levanta las cosas mas comunes hasta la altura de su alma, y las eleva por el vigor de la expresion: mas frecuentemente suele unir una frase familiar á una idea grande, y entónces es cuando mas admira, porque parece colocarse sobre la altura de sus pensamientos. Su estudio es una galería de cuadros, porque seria fácil pintar sus ideas todas, si la pintura tuviese la fecundidad de su lengua. Todas sus imágenes son sensaciones vivas y terribles que toma de los mas grandes objetos de la naturaleza, y de objetos las mas veces que están en movimiento. Tiene la familiaridad de esos altos personajes que no temen ser vistos de cerca: su hábito noble en el manejo de lo sublime le presenta á nuestra vista, aun en aquellos instantes en que mas nos arrebatara con cierta indiferencia de lo que hace y de los sentimientos que produce; y al verle descender y levantarse de nuevo sin apercibirse de tan felices transformaciones, nos parece tan satisfecho de su inmenso poder, y tan poco interesado en nuestros pequeños elogios, que nos vemos tentados á decir que se sorprende con la misma admiracion que está causando." ¹

¹ Extractado de Mr. Tomás en su obra ya citada.

